

Los alimentos transgénicos: Un debate entre mentiras, engaños y medias verdades

En cualquier negocio, lo normal es que una de las partes esté mejor informada que la otra. Un aspecto básico del postulado de los nuevos premios Nobel de economía del 2001 -por orden alfabético: Akerlof, Spence y Stiglitz- es precisamente que la información es asimétrica y que, en consecuencia, la mano invisible del mercado -la que rige las leyes de la oferta y la demanda- necesita ayuda para que éste sea eficiente y útil. Este hecho derrumba la validez de gran parte de la teoría económica existente, la cual asume que todos los participantes en el mercado cuentan con información completa y gratuita y además operan en condiciones de competencia perfecta, ese estado ideal que tanto seduce a los economistas pero que no pasa de ser una utopía.

Alrededor de la biotecnología se ha generado un sinnúmero de debates. En muchos de ellos, predominan posiciones poco racionales y faltan datos confiables, en donde florecen la manipulación y la desinformación a la sombra de grandes intereses económicos y personales. El asunto de los transgénicos introduce elementos de riesgo e incertidumbre asociados con el acceso al mercado y con el producto, propios de cualquier innovación. Por el lado de la oferta, las normas de propiedad intelectual y la estructura, de monopolios restringen las opciones de los compradores. Desde el punto de vista de la demanda, el riesgo para la salud, el ambiente, la calidad del alimento, son fuente de incertidumbre para muchos.

Lo que mueve al agricultor a adoptar cultivos transgénicos es una mezcla de mayores rendimientos, menores costos y mayor flexibilidad que se traduzca en más alta rentabilidad para un producto con mercado asegurado. El consumidor busca menor precio y más calidad, sin riesgos. En tal caso, el dilema no existe: Si usted es rico y está bien alimentado, no tome riesgos. Si tiene hambre, coma lo que haya, lo que sea más barato o lo que pueda, aunque sea transgénico, ya que el riesgo es mínimo y no se compara con la alternativa: Para el país, no poder competir, para el consumidor de bajos ingresos, morir de hambre. La sociedad como tal acepta los transgénicos sí, aparte de esto, la tecnología no conlleva un riesgo ambiental significativo ni consideraciones éticas dudosas. En mercados competidos, esas son las opciones. En la realidad, surgen los connubios entre multinacionales y Estado que atentan contra el derecho del ciudadano común a elegir.

En realidad, no hace falta afinar mucho los sentidos para saber que el pez grande se come al pez chico, que el más rápido saca ventaja del más lento y que lo que más cuenta en los negocios es la audacia. Se dice que el que tiene la información, tiene el poder. La información

correcta, precisa y oportuna es valiosa. Y, claro está, más poder tiene el que la genera, la manipula y la distribuye, sin importar qué es cierto y qué no lo es.

Pregonar que, con los alimentos transgénicos, se soluciona el hambre del mundo es un engaño. Bien sabemos que el mundo produce alimentos en cantidad suficiente para alimentar sus más de 6,000 millones de habitantes. El problema es que la comida está mal

distribuida y repartir mejor los excedentes alimentarios es una decisión política ó económica —incompatible con los postulados del neoliberalismo— y no científica.



Los debates sobre los alimentos transgénicos con frecuencia se van por las ramas y eluden los aspectos éticos, que casi siempre rayan en lo subjetivo y están ligados al complejo dominio de creencias fuertemente arraigadas que gravitan alrededor de la cultura, la economía, la política o la religión. Una forma trivial de engaño consiste en alejar la atención del meollo del asunto y escaparse por las ramas.

Sucede que la amenaza a la salud de los transgénicos es un distractor que conduce al engaño. Ningún alimento pasa por tantos controles de salud antes de poder ofrecerse al público, que los transgénicos. El engaño se distiende de manera tal que el transgénico se convierte en excusa de conveniencia para imponer barreras efectivas al comercio. La pérdida de mercados potenciales constituye un serio inconveniente para quien decida producir estos alimentos transformados.

Engañar es una cosa y otra, muy parecida, mentir. En muchas culturas, la mentira no constituye un valor: el mandamiento prohíbe levantar falsos testimonios. Es más, mentir puede ser síntoma de decrepitud mental ya que, tarde o temprano, todo se sabe y no hay nada oculto a los ojos de Dios. Además, el sentirse engañado es, para muchos, la peor de las desgracias. Baltasar Gracián escribe en *El Criticón*: "Varias y grandes son las monstruosidades que se van descubriendo (...)

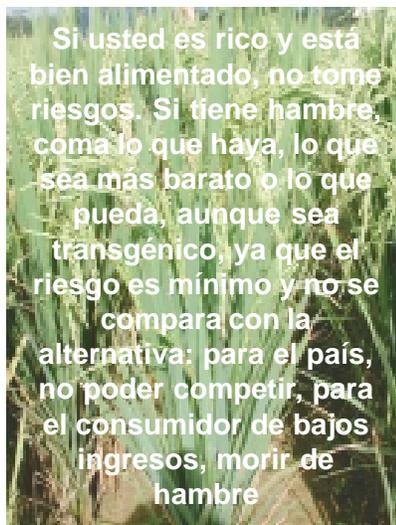
Entre todas, la más portentosa es el estar el Engaño en la entrada del mundo y el Desengaño a la salida: inconveniente tan perjudicial que basta para echar a perder todo el vivir".

Los anglosajones, más prácticos —o más frenteros—, terminan por alabar la mentira. Oscar Wilde, en su ensayo "The decay of lying", defendía que la mentira estaba profundamente vinculada con el grado de cultura y civilización de un pueblo y que mentir poco era un síntoma de decadencia de la sociedad. Mark Twain presentó a la Universidad de Harvard una memoria titulada "Sobre la decadencia del arte de mentir". Sostenía que la mentira es eterna. "La verdad no es siempre oportuna.... Nadie podría vivir con una persona que dijera siempre la verdad. Sólo los niños y los locos la dicen. Los adultos y los sabios jamás".

Es fácil percibir que, en tiempos banales, las mentiras sencillas llegan mucho más lejos que las verdades complejas. La década pasada fue desastrosa para quienes se enfrentaron a los curtidos competidores en el mercado internacional sin poseer ninguna estrategia. Está por verse si esa experiencia sirvió para dejar las actitudes del facilismo, la ingenuidad y el oportunismo individual de lado y poder enfrentar los procesos de concentración y las distorsiones de mercado de una manera más pragmática que permita defender los intereses estratégicos del campo y de la sociedad.

El punto álgido, circunscribiendo el debate al ámbito puramente económico, está en el supuesto de que el transgénico puede producirse a menor costo y ofrecerse al consumidor a menor precio. La amenaza inminente para los agricultores del mundo entero es la concentración de poder que viene ocurriendo tanto en la cadena agroindustrial como en los estamentos de la investigación. Esta es una situación que puede tergiversarlo todo.

Los mejores avances tecnológicos, en manos de una o dos compañías, pueden revertirse contra productores y consumidores, concentrando ingentes fortunas en los monopolios. Y los que generan las tecnologías son cada vez más territoriales y más cerrados al libre intercambio de conocimientos.



Si usted es rico y está bien alimentado, no tome riesgos. Si tiene hambre, coma lo que haya, lo que sea más barato o lo que pueda, aunque sea transgénico, ya que el riesgo es mínimo y no se compara con la alternativa: para el país, no poder competir, para el consumidor de bajos ingresos, morir de hambre

Es imprescindible que el Estado asegure el flujo de tecnologías y garantice su acceso a amplios sectores de la sociedad.

La verdad es que los alimentos transgénicos representan una alternativa útil y promisoría que puede complementar los esfuerzos tradicionales de mejoramiento.

Las siembras con plantas transgénicas en el mundo llegaron a los 50 millones de hectáreas en 2001, un alza del 10% respecto al 2000.

Si se puede garantizar un acceso amplio y generalizado a estas técnicas y conocimientos, se podrá producir más con menos y hacerse

con eficiencia donde más se necesita. Si no es así, porque el poder de los monopolios concentra de tal forma la propiedad sobre estas herramientas y el proteccionismo de mercados se afianza en la disculpa de los transgénicos, el resultado será más de lo mismo: excedentes de alimentos en los países más desarrollados, precios de ruina para los agricultores del tercer mundo, ampliación de la brecha de riqueza y menor disponibilidad de comida para los más pobres.

A la larga, los esquemas abusivos no benefician a nadie. Por la vía del irrespeto, de la conciencia elástica que todo lo justifica, de la ausencia del autocontrol y de tomar ventaja siempre que se pueda, no se cimienta una convivencia bien fundamentada. En las asociaciones de productores y de industriales recae la responsabilidad de articular la fuerza del sector arrocero para asegurarse condiciones realistas y justas de competitividad basadas en la eficiencia con equidad antes que en apoyos fiscales o subsidios del Gobierno que intentan remendar pero que no logran prevenir los daños.

Desde el FLAR, vigilamos con interés estos procesos globales. Mantenemos reglas de propiedad intelectual claras para que nuestro material genético pueda llegar, a través de nuestros socios, a los productores de estos países sin costos excesivos y para que las nuevas tecnologías puedan seguir siendo la base del alza en eficiencia y rentabilidad.



Los alimentos transgénicos representan una alternativa útil y promisoría que puede complementar los esfuerzos tradicionales de mejoramiento. Las siembras con plantas transgénicas en el mundo llegaron a los 50 millones de hectáreas en 2001, un alza del 10% respecto al 2000



Luis Roberto Sanint
Director Ejecutivo